

Escadema 90 Mayo 1917.

10-

COLECCION ARIEL

Rogelio Sotelo



En el mismo sendero

DON Joaquín García Monge, nombrado recientemente Director de la Escuela Normal de Heredia, se separa de la Dirección de esta revista.

Larga y meritoria ha sido la labor de cultura realizada por el Sr. García Monge en estas páginas, y su separación nos es muy sensible, por más que sepamos que su inteligencia y su actividad van a estar consagradas, en otra esfera, a labores que han de dar ópimo fruto al país.

En cuanto a *Ariel*, revista que no habiendo estado esclavizada a tendencia mercantil alguna ha podido mantener un carácter propio, seguirá en el mismo derrotero; y si para proseguirla nos faltan las luces con que el señor García Monge

ha hecho de esta colección una revista apreciada en América, no han de faltarnos ni la buena voluntad ni el tesón con que él ha laborado en ella, ni el concurso de amigos que puedan ayudarnos en la continuación de la obra; además, para que ésta resulte de alguna utilidad nos bastará seguir el mismo sendero por el señor García Monge transitado: procuraremos hacer obra sana y tendenciosa, tratando de alejar a la juventud, — con la presentación de buenos modelos, — de esa literatura baladí que no va a ninguna parte, y de esa otra “enfermiza e incoherente” de que habla el señor Gómez Restrepo en artículo reproducido en las páginas del número pasado. Nada del Arte por solo el Arte; el Arte, sí, pero como molde precioso para vaciar ideas que saliendo ataviadas con el encanto de lo bello, puedan impresionar más hondamente los espíritus en persecución de algún fin noble, en el sentido del mejoramiento humano.

Seguiremos haciendo de esta revista un Repertorio Americano, porque es necesario el conocimiento y la unión de los que en este continente laboran en el campo del pensamiento, porque son ellos los que, en comunión de ideas, unificados en una misma tendencia, han de ir formando el alma de América, con el carácter peculiar e inmovible de querer hacer de este suelo un mundo nuevo donde imperen la Libertad y el Derecho, bajo un ideal republicano, e impedir que pueda convertirse jamás en campo a donde vengan a refugiarse el absolutismo y el dominio de castas que ha hecho la decadencia de Asia, que ha agotado a la Europa y la de sangra hoy estéril y cruelmente. Los números de Repertorio serán los números pares.

En los números impares, que llevarán numeración distinta para que puedan ser encuadernados por separado, haremos la reproducción de piezas completas

cuya lectura juzguemos provechosa a la juventud, siempre en la misma tendencia, en persecución de los mismos ideales.

Procuraremos prestarle mayor atención a lo centroamericano, y seguiremos preocupándonos de los maestros, esos cultivadores que han de hacer el mundo del mañana, porque semilla puesta en sus manos y por ellos sembrada, ha de fructificar en todos sus discípulos.

Este es nuestro propósito y en él habremos de seguir, modestamente, pero con la constancia de los convencidos.

ALFREDO GREÑAS

América

(FRAGMENTO)

A mi estimado amigo Constancio C. Vigil

CANTO PRIMERO

*¡Abre, América santa, tu amplio seno
de virgen núbil! Sobre el pétreo tramo
de tus puertas, las voces angustiadas
claman pidiendo asilo hospitalario.*

*¡Abre tu seno, Américu, mi madre,
que está a tus puertas un dolor llamando!*

*Un orgullo mi pecho solo siente
y es haber tus entrañas agitado
con el ansia de vida, y en tus pechos
bebido de tu sangre con mis labios.*

*¡Abre, América madre, tus entrañas,
que entrar quieren en ellas mis hermanos!*

*Que tus selvas se pueblen rumorosas
regadas de un sudor de epitalamio*

*y en los surcos abiertos como heridas
revienten las simientes germinando,
surjan espigas hacia el cielo enhiestas
para mostrarse ufanas a los astros,
que sobre cada fruto
por el esfuerzo humano sazonado
está el amor feliz hecho ya carne,
está el beso nupcial, hecho ya cántico.*

*Que el erial yermo y frío
donde la zarza hostil muerde luchando,
luzca la flor anuncio de promesas
derramando su polen sacrosanto
y cuando bese Apolo, estremecido
de placer voluptuoso, el océano
de mieses rubias, cual mujer amante,
se entregue a la lujuria de su abrazo
y le muestre orgullosa el vientre henchido,
y le diga el secreto en él guardado.*

*Expandirán calor nuestros hogares
de nobles alegrías saturados
y los yunques dirán férreos poemas,
cantarán Iliadas los arados*

*y vocearán su triunfo los martillos
para corear las notas de los cantos;
asomarán las perlas a los poros
cristalinas y puras como el cuarzo,
que ávidas de mostrar su noble origen
al cielo volarán buscando espacio
y se hincharán los pechos femeniles
esperando la aurora que formaron
con sus besos de esposas
en el dulce misterio de los tálamos.*

*Sobre tu suelo, madre,
no alumbrará ya el sol sucios pingajos,
bandera del vencido en lucha aciaga
con el Dolor humano.*

*El polvo pondrá el sello en la chaqueta
para mostrar las manchas del trabajo,
flores entretegidas por las hadas
para orlar los Bayardos
del yunque, del escoplo, del martillo,
la pluma, los sinceles y el arado.*

*¡Abre, América mía, tus entrañas
de donde surgirá el Futuro ansiado!*

*Allí, todos los odios ya fundidos
en un beso de amor, serán colmados.
¡Venga el nuevo Mesías, tienda al orbe
el ancla salvadora de sus brazos
y tras la inmensa sombra de la noche
que acerca puntas al rencor humano,
iluminen las albas amorosas
nacidas a los besos del Trabajo!*

*¡Abre, América santa tu amplio seno
de virgen núbil! Sobre el pétreo tramo
de tus puertas, las voces angustiadas
claman pidiendo asilo hospitalario:
¡Germinal!... ¡Germinal!... ¡Vengan los odios
hechos amor al surco americano!*

MIGUEL F. OSÉS

(Nosotros, Buenos Aires.)

La piedad

EL altruísmo, la caridad, son sentimientos que revisten en el hombre aspectos paradójicos muy notables. Hay en esa emoción de piedad que la desgracia ajena inspira, un contrasentido constante que ayuda a eternizar sobre la tierra el dolor.

Un individuo cae al mar y grita:

—¡Socorro.... que me ahogo!....

Y nunca falta quien, con riesgo de su vida, se lance a salvarle.

Asimismo, de día, a media noche, un ciudadano comienza a gritar desde un balcón:

—¡Socorro!.... ¡Fuego, fuego!....

Y, en el acto, los transeuntes se arremolinan ante el lugar del siniestro, funciona el teléfono, voltean las campanas en la torre parroquial, acuden los bomberos, y todos, con ejemplar heroísmo y temeraria filantropía, se precipitan a través de las llamas para rescatar las vidas, y hasta los muebles, que haya en la casa incendiada. Estos rasgos de abnegación de los cuales Schopenhauer, el amargo, pare-

ció olvidarse cuando escribía sus *Pensamientos y fragmentos*, son vulgares, ocurren a cada momento y en todos los países, y con ellos la humanidad se honra; son su fragancia, su verso, su blasón....

Pero supongamos que un vecino empezase a gritar desde la ventana de su cuarto:

—¡Auxilio.... socorro.... que me muero de hambre!....

¿Qué sucedería?... Pues, nada: que las gentes le mirarían con una sonrisa—la sonrisa con que se observa a los borrachos—y tranquilamente, sin el menor empacho de remordimiento en el corazón, proseguirían su camino. Luego, al llegar a sus casas, algunos, los de humor más alegre, comentarían: “Al pasar por la calle de.... un individuo, de pronto, empezó a gritar: ‘¡Me muero de hambre! ¡Socorro!’.... Debía de estar loco o ebrio”....

¿Por qué este absurdo, esta falta de continuidad, en la lógica de nuestras emociones? ¿Por qué correremos en ayuda de los que se ahogan, de los que se queman, y no de quien, lentamente, sucumbe de inanición? ¿Acaso el Hambre no mata con la misma seguridad que el Fuego y el Agua?... Advirtiendo en favor del criterio que defendemos, que los dominios del Hambre carecen de fronteras, lo que no sucede con los otros dos agentes de destrucción precipitados: porque del incendio más violen-

to nos libremos arrojándonos al agua, y de la tempestad más fiera escaparemos acogiéndonos a la costa, mientras el Hambre por igual nos acosará y matará en la tierra, que sobre el mar, que en el aire; allí donde nos ocultemos, allí la Implacable irá a clavarnos en las entrañas sus uñas de acero. Entonces, ¿por qué alzarnos de hombros ante el sigiloso suplicio de los famélicos?... ¿Cómo al prógimo, por cuya vida exponemos la nuestra, le regatearíamos nuestro dinero? ¿Es posible que la avaricia sea en nosotros más fuerte que el instinto de conservación y por esto nos hallemos más inclinados a arriesgar nuestra piel que a abrir nuestra bolsa?

Nombres de todos conocidos turnan en el poder, los gobernadores se suceden, y la tragedia de la mendicidad persiste y de año en año parece agravarse. ¿En qué piensan los poderes públicos que no buscan trabajo a tanta mano implorante? Y las mismas clases acomodadas, los ricos que disipan en un capricho el dinero que una familia obrera no gastaría en varios años, cómo no se conciertan y organizan para desterrar de una vez tanto dolor?...

En Madrid, donde hay fortunas tan considerables como las más fuertes de París y de Londres, millones de pordioseros acosan al transeunte: ya no se trata de ciegos, ni de tullidos, sino de "hermanos"—llamémosles así,

con la dulce palabra del Evangelio, para mayor sarcasmo — que mueren de inanición. Porque “se mueren”; no se trata de un tópico retórico, sino de una desgarradora y rigurosísima realidad; “se mueren”.... y los periódicos, con sus miles de lenguas de papel, nos lo dicen. Son los fantasmas del hambre, los emisarios del infinito dolor que roe el subsuelo social; sufrimiento que un día será hecatombe. Yo he visto una noche acurrucada junto a la verja de ese Banco de España donde duermen ociosos tantos millones de pesetas, una mujer con cinco niños pequeños, todos ateridos más que dormidos bajo el frío y la lluvia. Yo he visto también en una calleja solitaria, a la puesta melancólica del sol—una tarde de toros, precisamente—una madre con su hija, las dos ciegas, que resaban en voz muy baja, sentadas en la acera. Y delante de ellas, un platillo vacío, el platillo de las limosnas. La madre susurraba:

—“Padre nuestro que estás en los cielos”....

Y la niña, repetía:

—“Padre nuestro que estás en los cielos”....

—“Santificado sea el tu nombre”....

—“Santificado sea el tu nombre”....

¡Oh, qué emoción, qué tragedia, las de aquel murmullo de iglesia musitado en el silencio de la calle extraviada y torcida!.... Y qué extraño ritmo había entre aquel platillo donde la

caridad pública no dejó nada y la oración que, como suave humareda de incienso, se perdía en lo azul....! Indescriptible espanto! Aquellas dos almas vivían en la tiniebla de su ceguera: pero si hubiesen podido abrir los ojos, lo que vieran, ¿no habría sido negro también?

Sobre todas las leyes humanas existe otra, no escrita aún, que pudiera llamarse "la ley del hambre"; ley que, evidentemente, engendra y precisa un derecho: el sagrado derecho a comer.

Acudamos con nuestro dinero, según lo hacemos con nuestra vida, en auxilio del prójimo. Se debe gritar: "¡Pan, pan!".... Como se grita: "¡Fuego, fuego!".... Y aun hay más razón para que el primer grito nos enternezca y mueva a piedad mejor que el segundo, pues la muerte por hambre, por ser la más lenta y la que más humilla, es la más cruel.

EDUARDO ZAMACOIS

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)

El libro en Centro-América

CUANDO se estudia el desarrollo intelectual y el vuelo de la cultura en Centro-América, se comprende con entera claridad por qué el libro no ha nacido todavía entre nosotros. Tomamos la palabra en el sentido absoluto que tiene en el seno de las más avanzadas culturas. El libro, no como simple denominación de volumen, sino como el producto más completo y definitivo del pensamiento; como la expresión más alta y soberana de la vida del espíritu.

Sin embargo, de cuando en cuando, surgen en nuestros mercados intelectuales pesados volúmenes que reivindican para sí el derecho de llamarse libros u obras, escritos por autores centro-americanos. ¿Son esos verdaderamente libros, en la acepción elevada que le han dado a la palabra las más altas civilizaciones?

¿Hay en ellos la huella de un análisis profundo, personal, encaminado a la unidad luminosa de las síntesis? En esos libros ¿qué velos de Isis se

descorren, qué revelaciones inusitadas se nos hacen de eso que Carlyle llamó el secreto manifiesto del universo? ¿Nuestros autores de obras científicas realizan la ciencia así como quería Biotroux, transmutando en fórmulas manejables el aparente desorden de las cosas?

Nó. El libro centro-americano, y haced las excepciones que en justicia se impongan, no ha llegado todavía a esa plenitud que ostenta el libro en los pueblos de refinada y honda cultura intelectual. Nuestros libros, en la mayoría de los casos, nos dan la sensación de esos frutos *movidós* que en nuestros huertos tropicales arrojan a tierra los vientos del otoño. Como ellos, nacieron enfermos, condenados a no ver jamás la dorada madurez, codiciada de los hombres y los brutos. Como ellos también, ruedan por el suelo, o mejor dicho, se obscurecen y anonimizan en el fondo de las bibliotecas oficiales, sin que una piadosa gula intelectual vaya a desflorar la humilde e ingénuo virginidad de que gozan, como un atributo propio de unas criaturas que no fueron criadas para tentar el gusto y la concupiscencia de los espíritus.

El libro centro-americano viene siempre al mundo con una dolorosa deficiencia en la cantidad y en la calidad, que lo condena al menospre-

cio, al menos entre aquellos lectores que viven bajo el encantamiento de los libros extranjeros. Ese libro, que no llega a veces a doscientas páginas, que va precedido de sendos prólogos sancionadores, y en cuyo pórtico se ostenta de cuerpo entero, como desbordándose de la página, la efigie del autor; ese libro, decimos, da en nuestras manos la impresión de algo incompleto, malogrado y prematuro. Sentimos que la vida intelectual que nutrió aquella obra, era escasa y pobre; que la mano del artífice, era a las veces torpe e insegura. Esos libros, que tienen toda la imperfección de los esbozos y la anemia de los entes raquíuticos, hacen pensar en senos empobrecidos y en matrices poco hechas a las gestaciones dilatadas y fecundas. Y ante ellos, ¿por qué no confesarlo?, nos embarga una tristeza parecida a la que nos inspiran aquellas criaturas a quienes la vida defraudó en el vientre mismo de sus madres.

El libro, ese todo viviente, sólido y armónico que tiene una unidad semejante a la del ser vivo, no ha hecho todavía su apareamiento en Centro América. La obra de análisis y de síntesis es casi desconocida entre nosotros. La obra de meditación, de sondeo en el eterno enigma, es también desconocida. La obra filosófica, la

busca inquieta de las formidables leyes del universo, no ha producido todavía en estos países un Bergson ni un Descartes.

¿Cómo son entonces nuestros libros? Sin ser personales ni profundos, nuestros libros son variados y múltiples. Un estudio de ellos nos llevaría a un terreno ajeno a nuestros propósitos. Diremos algo, sin embargo, acerca de las formas usuales que reviste el libro en Centro-América.

A nuestra mentalidad centro-americana le place en primer lugar la colección, o sea el libro-colección, tal vez porque ésta es la forma más fácil y expedita de crear volumen. Los escritores adolescentes coleccionan en forma de libro sus primicias intelectuales; viejos y diligentes juristas coleccionan las leyes de sus respectivas naciones; este pedagogo da pruebas de su cariño a la juventud, buscando trozos selectos, para formarle un buen libro de lectura; y aquel correcto y elegante retórico, hace un viaje a la literatura castellana, para confeccionar una antología de los más preclaros ingenios, que, bajo la forma de un volumen, legará a sus discípulos y a la posteridad.

Pero el libro-colección apenas es un esfuerzo hacia el libro verdadero. En él no hay labor creadora de cerebración, sino un diligente trabajo de

artesano, realizado a golpes de voluntad y de paciencia. La inteligencia del autor del libro-colección parece estar muy bien en lo mecánico. Lo externo le produce fruición; el detalle es su campo dilecto. Dadle el cielo azul, el espacio inmenso, y no sabrá qué hacer de ellos. Levantadle una punta del velo de lo desconocido, de lo que no es efímero y cotidiano, y lo veréis volver la cara lleno de disgusto y retornar presuroso al empolvado infolio de su archivo. El no ha nacido, en verdad, para desplegar sus alas en los vastos y encendidos cielos de la meditación, sino para ensayar su trotecillo de ratón en los húmedos rincones donde la sorda carcoma se encarniza contra el pensamiento de los hombres. No está conformado para ser cazador de estrellas o buzo de enigmas, sino para discurrir cómodamente por los asendereados predios de la mediocridad cotidiana, donde otros iguales a él, dejaron ya la huella de su paso y de su mano.

Sin embargo, debemos reconocer a los autores de tales libros, el mérito que en justicia les corresponde. ¿Acaso las palmas del mérito y la recompensa deben discernirse sólo a los creadores de valores? ¿Acaso en el progreso espiritual de una nación, esos humildes y pacientes obreros, émulos de la hormiga, no han llevado tam-

bién su ladrillo a los cimientos del mosaico que levantarán más tarde los venideros? No son en verdad los precursores que aparejarán el camino de los profetas que vendrán; pero son acaso como la cueva que alojó al precursor y como la abeja que lo alimentó en el desamparo del desierto.

La historia ha rendido en Centro-América frutos más afortunados. En esta rama de los cultivos humanos, acaso más de una vez hemos llegado a la concreción del libro.

La historia de Centro-América, la historia particular de cada uno de estos países, ha despertado en todo tiempo la curiosidad y el interés de nuestros más graves hombres de estudio. En algunos de ellos, fuerza es decirlo aquí, nuestro pasado histórico ha sido como una suerte de refugio o de salvavidas para su mentalidad impotente; otros han ido a él, por el contrario, armados de vocación sincera y de talento verdadero. Los primeros, desconociendo el alto sentido de la historia, han producido obras mediocres, de esas que el olvido ahoga en sus brazos apenas llegan a la vida; los segundos, dueños del dón de los grandes historiógrafos, han dado a luz obras fuertes, vivientes y perdurables. Los unos han sido narradores escuetos; críticos insulsos y ano-

dinos; escritores sin elegancia y sin ingenio; los otros, han sabido magnificar, exaltar nuestro pasado, dándonos de él una sensación intensa, vívida, palpitante.

Citemos aquí a José Milla, el Herodoto centroamericano, y sin duda alguna, el más grande y trascendental de nuestros historiadores, digamos también el más copioso y proficuo. José Milla trató la historia a la manera honrada y minuciosa de Plutarco. Hay en él, como en el viejo autor de las *Vidas Paralelas*, ese candor y esa sencillez que nos dan el secreto para decir cosas grandes y perdurables. ¡ Ah, si queréis sorprender el lado inédito de las cosas, sentir algo así como el perfume, la belleza y la bondad de lo creado, volvedos a la inocencia de los niños ! Vuestra mirada de hombre os engañará, pero vuestro ojo de niño, vuestra alma de niño, os darán de los seres y las cosas lo que no os haya dado un siglo de astuta sapiencia. ¡ Ah, cuantas veces la humanidad no se deforma en nuestras retinas y nuestras almas !

El gran monumento histórico de José Milla, es su "Historia de la América Central," obra rica, caudalosa y llena de colorido. En este libro, ameno como una novela, a pesar de ser profunda y minuciosamente verídico, vive, se mueve, se agita

nuestro ayer histórico, hasta en sus más obscuras génesis. Allí está nuestro pasado precolombino, la gesta del indio, el mito aborígene. Ahí está la Conquista hazañosa y romancesca; ahí también la Colonia con todo su sello medioeval, con todo su terror de fanatismos, de torturas y de sombras. La "Historia de la América Central," por sí sola, bastaría para dar a don José Milla, que también fué novelista, un renombre y una gloria imperecedera en nuestras letras.

Tenemos la "Reseña Histórica de Centro-América" por el doctor Lorenzo Montúfar. La obra está escrita con apasionamiento, con lirismo, con exaltación. El doctor Montúfar fué un vehemente y un unilateral. Aquel hombre, que llevaba un alma ardiente, que se hubiera dejado clavar en la picota por una idea, por un credo, por una convicción, no estaba conformado para esa medida, para esa tolerancia amable, para esa benevolencia filosófica que tan bien sientan al historiador. El doctor Montúfar, era ese hombre rectangular de cuerpo y alma, de que nos habla Federico Nietsche, y no podía tener él ese criterio de relatividad y de complacencia sinuosa tan necesarias cuando se trata de juzgar la vida y los hechos de los hombres. Pero sea de ello lo que fuere, su "Reseña Histórica de Centro-América,"

es una obra histórica de aliento, escrita en estilo viril y oratorio, que merece la estimación de que goza entre los intelectuales y los aficionados a tal género de disciplinas.

Libros de historia son también la "Historia de Centro-América," por don Agustín Gómez Carrillo, y "La América Central ante la Historia," de don Antonio Batres Jáuregui. El señor Batres Jáuregui es, como historiógrafo, una de las figuras de más relieve que tiene actualmente la América Central. Es un historiador que sabe hacer la síntesis histórica; un comentador sagaz y un escritor de pluma ágil y brillante. Su libro "La América Central ante la Historia," aparecido recientemente, es uno de los más afortunados esfuerzos intelectuales que se han hecho en este país en los últimos años.

* * *

En Honduras, la historia tiene sus representantes más conspicuos en Antonio R. Vallejo y Rómulo E. Durón.

La "Historia Social y Política de Honduras," escrita por el primero, está considerada como la piedra fundamental de las investigaciones históricas en aquella sección de Centro-América, a pesar de sus grandes defectos. El título de la obra de Vallejo dice más, contiene más de lo que

en verdad encierra la obra. En esa denominación rumbosa, hay mucho de afiche mercantilista y de ingénuo vanidad de autor; es como una inocente y pueril defraudación, pues si penetráis en la obra, no encontraréis en ella los dioses esculpidos en que os había hecho pensar la flamante inscripción del pórtico. La Historia Social y Política de Honduras, da la sensación de un hacinamiento algo informe de bloques arrancados a las canteras del pasado. Se palpa ahí el esfuerzo del músculo perseverante, pero se echa de menos la obra primorosa del cincel del artífice; se adivina la peregrinación paciente a través de los archivos, la caza encarnizada de viejos infolios, de arrugados pergaminos; pero se lamenta al mismo tiempo, que con semejantes materiales, no se haya podido construir el mosaico definitivo de la historia patria. Vallejo, digámoslo de una vez, tuvo biceps para amontonar las argamasas y los ladrillos cuneiformes, pero faltóle genio o paciencia para érigir al cielo el gallardo monumento que aún está por hacerse.

Rómulo E. Durón, el otro distinguido historiógrafo nacional, no ha intentado todavía la obra de superiores alientos que está esperando desde hace tiempo la juventud intelectual de su patria. El libro que hasta ahora ha rendido el señor Du-

rón, es de escasa amplitud ideal y de estrechas dimensiones materiales. Su visión de historiador se ha localizado demasiado en el espacio y en el tiempo; ha dejado las grandes épocas históricas, el vasto escenario de la América Central, para consagrarse a la obra limitada y particularísima de la región. Ha escrito biografías e historias de provincias a cortos períodos de tiempo. "La Vida del Padre Márquez," "La Provincia de Tegucigalpa bajo el Gobierno de Mallol," son, por decirlo así, los frutos primogénios de ese hijo de Clio que aún está en su mediodía intelectual, a pesar de las escarchas de los años. Estas obras, que revelan una diligencia digna de ejercitarse en más altas empresas ideológicas, tienen por los asuntos mismos de que tratan, un valor secundario y relativo.

Al hacer la evaluación de la labor histórica del señor Durón, debemos citar sus *Efemérides Hondureñas*, que publica actualmente y que son una contribución al estudio de la Historia Patria.

En las *Efemérides* como en sus libros precedentes, el señor Durón se destaca como un inteligente y discreto narrador, y su relieve de historiógrafo fuera mayor, más legítimo el renombre que justamente goza en nuestras tierras,

si no prodigara la cronología, si fuera menos nimio y anecdótico, para ser más sintético y trascendental, y si pusiera en su estilo, ese calor, esa emoción sagrada, que son el estremecimiento mismo de la vida.

En Nicaragua, Tomás Ayón y José Dolores Gámez, han sobresalido en su consagración a los estudios históricos. Ayón nos dejó sus "Estudios sobre Nicaragua," obra ponderada por la crítica, y José Dolores Gámez, escribió dos obras de empuje: "La Historia de Nicaragua," y "El Archivo Histórico de Nicaragua," en los cuales se revela ampliamente la labor del estudioso y del narrador.

Antes de terminar esta enumeración de la bibliografía histórica centro-americana, mencionemos la valiosa obra, "Bosquejo Histórico de las Revoluciones de Centro-América," de don Alejandro Marure, historiador guatemalteco que unió a su perspicuidad de crítico, una elegancia de estilo que pocas veces hemos encontrado en otros historiadores de estos países.

* * *

La literatura ha dado en Centro-América una cosecha de libros más abundantes que las otras ramas del saber humano. La literatura ha sido el ejercicio favorito del intelecto centro-ameri-

cano, y es en ella donde hemos conquistado los más preciados lauros. Hacia el verso hemos ido, y el verso nos ha rendido sus espléndidos tributos. Los profusos libros de poemas que todos los días surgen entre nosotros, son el resultado de esa devota y desinteresada consagración.

Pero el drama y la novela que son, según los humanistas, la más alta expresión del arte literario, no han tenido entre nosotros la cristalización que ya se palpa en otros países de la América española. De tarde en tarde, aparecen esporádicamente en Centro-América, una novela, un drama, pero no tenemos todavía novelistas ni dramaturgos, así como tenemos poetas e historiadores. Y a esas novelas, a esos dramas que a veces llaman a nuestra puerta con un aire extraño de pobres peregrinos, los acogemos con desconfianza, y, acaso sin escuchar el mensaje de belleza que nos traen, los enviamos a dormir el sueño de los justos en el más inviolado plúteo de nuestra biblioteca.

Entre los literatos centro-americanos del pasado que más alto llegaron en la novela, debemos citar a José Milla, cuyas novelas "Los Nazarenos" y la "Historia de un Pepe," son copias fieles y amenísimas de la vida externa y consuetudinaria.

Entre los del presente, está el poeta hondureño don Froylán Turcios, autor de "Almas Trágicas," "El Vampiro" y "El Fantasma Blanco." "Almas Trágicas" es un ensayo sin trascendencia. "El Vampiro" es una novela en que, según parece, culminó el esfuerzo del autor. Escrita en bello estilo dannunciano, hay en ella páginas como la descripción de la heroína Luz de Mendoza, que son admirables de tersura y limpidez. Pero si hemos de ser sinceros confesemos que la novela es falsa desde el punto de vista psicológico. Aquel niño de pantalón corto, cuyas palabras, gestos y voliciones reproducen al hombre, es absurdo, a nuestro modo de ver. La heroína se nos antoja una Ofelia menos inocente y menos desventurada que la de Shakespeare. ¿Y qué decir de lo demás de la obra? Que el señor Turcios, escogiendo la Antigua Guatemala para teatro de su novela, no supo o no quiso darnos en ella toda la poesía de las Ruinas.

"El Fantasma Blanco" es una novela corta, pero de más alcance estético, de más seducción misteriosa que "El Vampiro," y no creemos que sea, como han afirmado algunos, un reflejo de la *Espírita* de Teófilo Gautier, pues hay, en verdad, en la novela del hondureño, matices y tonalidades que no encontramos en la obra del

novelista francés.

En El Salvador, Abraham Ramírez Peña, ha producido una novela regional, "Almas Grandes," que puede considerarse como una valiosa contribución a la novela salvadoreña del porvenir.

Y en Costa Rica, Jenaro Cardona, cultivando también la novela regional, en argot costarricense, acaba de obtener por su última obra "Esfinxes del Sendero," en un concurso argentino de novelas americanas, un premio que lo dice todo en elogio de su talento y de su obra.

* * *

La ciencia y la filosofía son las que han dado el menor contingente de libros en nuestra América Central. El advenimiento de un libro de ciencia es el más raro suceso intelectual que puede sobrevenir en estas tierras. Amamos el juego libre de la imaginación y el deporte del ensueño; pero sentimos una secreta aversión hacia la árdua labor de la mente. La ciencia es como una pesada carga para nuestros espíritus, y la filosofía es como un bosque que inspira terror con su misterio crepuscular de encrucijadas y de sombras. Diríase que nos falta complexión espiritual para debatirnos con la ruda verdad en los an-

tros misteriosos de la vida y la natura. Diríase también que carecemos, para ser filósofos y hombres de ciencia, de esa inquietud que aqueja al hombre en presencia del redutable enigma de lo creado. De ahí que vayamos como indiferentes y sordos por los hollados senderos ideológicos que otros trazaron, sin detenernos a interrogar a los dioses del camino, que sólo tienen oráculos para los iniciados que han sentido el calofrío de lo arcano y que han vislumbrado ya lo eterno en medio del juego de lo efímero. La verdad, la verdad relativa de la ciencia y la trascendente y absoluta de la filosofía, no se rinde a los débiles y veleidosos, sino a los fieros y obstinados. La sabiduría, dijo alguien, es hembra, y requiere, por lo tanto, virilidad intelectual. Nosotros, excelentes imaginativos y a veces sutiles comprensivos, poseemos en muy débil grado la capacidad para el análisis, el dón de la síntesis y la heroica virtud de la perseverancia. Por eso, raras veces llegamos a producir el libro de ciencia que supone, entre otras cosas, un deseo consciente de saber y un método que sea como un hilo de Ariadna que nos guíe a través del laberinto confuso de las formas.

Pero nuestra aridez para la producción científica no debe entenderse en un sentido absolu-

to. El libro de ciencia, ha aparecido más de una vez, completo, definitivo en la América Central. Para comprobar este aserto, hagamos mención de la gran obra de botánica intitulada: "La Flora Medicinal de Nicaragua", escrita en tres volúmenes por el sabio centro-americano Miguel Ramírez Goyena, la cual, fruto de diez años de investigación, es, en su género, el estudio más prolijo y concienzudo que se ha hecho en América en el vasto dominio de las plantas. Ramírez Goyena es un eminente naturalista, para quien no tienen secretos los tres reinos de la Naturaleza. La *Flora de Nicaragua*, a pesar de la modestia de su nombre, podría llamarse Flora Centro-Americana y quizá Flora Americana, dada la riqueza de la obra y la amplitud sorprendente de sus clasificaciones, y dada también la similitud fundamental que existe entre la Flora de las diversas latitudes de la América.

Tenemos también, en este género de investigaciones, "El Médico del Pueblo," obra de botánica médica del hondureño Francisco Cruz, y como obra didáctica, el "Curso de Filosofía" del Licenciado Adrián Recinos.

* * *

Al llegar a este punto de nuestro trabajo, surge en nuestro espíritu la interrogación siguiente:

¿Por qué no ha aparecido el libro en la América Central? La respuesta no podría darse en forma elíptica y sencilla. El embrionario desenvolvimiento de la cultura, por un lado, y nuestra peculiar complejidad intelectual, por otro, son a nuestro modo de ver, las causas que han retardado en nuestros medios el advenimiento del libro. Debemos ver, pues, en nuestra poco rebustada vida intelectual, la obra de un factor antropológico de raza y de un factor social de educación. Falta ambiente para el libro. Nuestro tímido balbuceo, no es para engendrar la obra maciza, el recio monolito intelectual que atestigua sobre todo, en la historia de un pueblo, la huella de la vida verdadera. A su tiempo, surgirá el libro entre nosotros, pasada la etapa de la floración espontánea, como una concreción tardía, como un fruto postrero que acaso ya se está preparando en los senos profundos de nuestra vida psíquica.

SALATIEL ROSALES.

(*Centro América. Guatemala.*)

Lo que más induce a los hombres a error es la falsa apreciación que hacen de sí mismos.

Mi Retablo de Navidad

I

EL NIÑO DIOS.

DE toda la pintoresca variedad del Nacimiento vistoso—con el divino Infante, la Madre doncella, el Esposo plácido, las mansas bestias del pesebre—no veía a mí más dulce embeleso ni sugestión más tenaz, que los que traía en sí esta idea inefable: “Dios en aquel día, era niño....” Niño en el cielo, niño de verdad, como lo representaba la figura. Mientras yo contemplaba el inocente simulacro, un celeste niño gobernaba el mundo, oía las plegarias de los hombres, distribuía entre ellos mercedes y castigos.... ¿Cuándo la idea del Dios humanado, del Dios hecho hombre por extremo de amor, pudo mover en corazón de hombre tan dulce derretimiento de gratitud, mezclado a la altivez de tamaña semejanza, como en el corazón de un niño la idea del Dios hecho niño?...

Hoy, que convierto en materia de análisis los poemas de mi candor (el hombre es el

crítico; el niño es el poeta), se me ocurre pensar cuán apetecible sería que Dios fuese niño una vez al año. En la "política de Dios" hay, sin duda, inexcrutables razones, arcanos planes, propósitos altísimos, a los que se debe que su intervención en las cosas del mundo se reserve y oculte con frecuencia, y que su justicia, mirada desde este valle obscuro, parezca morosa, e inactivo su amor. El día del Dios-niño, toda esa prudencia de Dios desaparecería. Al Dios sabio y político sucedería el Dios sencillo y candoroso, cuya omnipotencia obraría de inmediato, en cabal ejecución de su bondad. En ese día de gloria no habría inmerecido dolor que no tuviese su consuelo, ni puro ensueño que no se realizase, ni milagro reparador que no se pidiera en vano, ni iniquidad que persistiera, ni guerra que durara. A ese día remitiríamos todos la Esperanza, y el mayor mal tendría un plazo tan breve que lo sobrellevaríamos sin pena. Oh, cuán bella cosa sería que Dios fuese niño una vez al año, y que éste fuera el bien que anunciasen las campanas de Navidad!

Pero no. . . . Ahora toman otro sesgo mis filosofías del recuerdo del niño-Dios. Antes que lamentarse porque Dios no sea niño de veras durante un día del año, acaso es preferible pensar que Dios es niño siempre, que es niño *todavía*. Cabe pensar así y ser grave

filósofo. El Dios en formación, el Dios *in fieri* en el virtual desenvolvimiento del mundo o en la conciencia ascendente de la humanidad, es pensamiento que ha estado en cabezas de sabios. ¿Y hemos de considerarla la peor, ni la más desconsoladora, de las soluciones del Enigma? Niño-Dios de mi retablo de Navidad! Tú puedes ser un símbolo en que todos nos reconciliemos. Tal vez el Dios de la verdad es como tú. Si a veces parece que está lejos o que no se cura de su obra, es porque es niño y débil. Ya tendrá la plenitud de la conciencia, y de la sabiduría, y del poder, y entonces se patentizará a los ojos del mundo por la presentánea sanción de la justicia y la triunfal eficacia del amor. Entretanto, duerme en la cuna. . . . Hermanos míos: no hagamos ruido de discordia; no hagamos ruido de vanidad, ni de feria, ni de orgía. Respetemos el sueño del Dios-niño que duerme y que mañana será grande. Mezamos todos en recogimiento y silencio, para el porvenir de los hombres, la cuna de Dios!

II

EL ASNO

Asno del pesebre donde el Señor vino al mundo: yo te quería y te admiraba. Tú eras, en aquel espectáculo, el personaje que me ha-

cía pensar. iniciación preciosa que te debo! Tú, abanicando con los atributos de tu sabiduría, diste aliento a la primera chispa de libre examen que voló de mi espíritu. Tú fuiste mi Mefistófeles, oh Asno! Por amor a tí, por caridad y compasión con que me inundabas el alma, me hiciste concebir los primeros asomos de duda sobre el orden y arreglo de las cosas del mundo, y aun sospecho que, por este camino, me llevaste, con ignorancia de los dos, a los alrededores y arrabales de la herejía.

Verás cómo. Yo, prendado de la gracia inocente y dulce que hay en tí, y que no suelen percibir los hombres, porque se han habituado a mirarte con la intención de la ironía, me interesaba por tu suerte. Viéndote allí junto a la cuna de Dios, me figuraba que te era debido algún género de gloria. Entonces preguntaba cuál fué tu destino ultratelúrico, y me decían que para los asnos no hay eternidad. Para los asnos no hay en el mundo sino trabajo, burla y castigo, y después del mundo, la nada. . . . La Nueva Ley no modificó en esto las cosas. El sacrificio del Hijo de Dios no alcanzó a tí. El viejo esclavo de Pompeya que debió de trazar, bajo tu imagen dibujada en la pared, la inscripción de amarga ironía: *Trabaja, buen asnillo, como yo trabajé, y aprovéchete, a tí tal como a mí*

me aprovechó—dijo la desventura del asno pagano y del cristiano. De poco te valió estar presente en el nacimiento del Señor, ni más tarde, llevarlo sobre tus lomos, en la entrada a Jerusalén, entre palmas y vítores. Ni mejoró tu suerte en la tierra, ni, lo que es peor, se te franqueó el camino del cielo. A mí, este privilegio de la promesa de otra vida para el alma del hombre, con exclusión de la candorosa alma animal, capaz de inmerecido dolor remunerable y capaz también de una bondad que yo no había aprendido todavía a discernir de la bondad humana, porque aún no había estudiado libros de filosofía, se me antojaba un tanto injusto y me dejaba un poco triste. Cómo! El perro fiel y abnegado que muere junto a la tumba del amo, acaso torpe y brutal; el león hecho pedazos en la arena infame; el caballo que conduce al héroe y participa del ímpetu heroico; el pájaro que nos alegra la mañana; el buey que nos labra el surco; la oveja que nos cede el vellón, ¿no recogerán siquiera las migajas del puro festín de gloria a que nos invita el amor de Dios después de la muerte? . . . De esta manera me acechaba la pravedad herética tras el retablo da Navidad.

Quedábamos en que para tí no hubo Noche Buena, Asno amigo; pero siglos después estuviste a dos dedos de la redención. Un paso

más y te ganas los fueros de la inmortalidad con el suplemento de alguna tregua y alivio en tu condición terrena. Fue cuando, en humilde pueblo de la Umbría, apareció aquel hombre vago, y tal vez loco, que se llamó Francisco De Asís. Venturoso momento! La piedad de este hombre se extendía, como los rayos del sol, sobre todo lo creado. Sentía, presa de exaltadas ternuras, su fraternidad con las aves del cielo, con las bestias del campo y hasta con las fieras del bosque. Hablaba amorosamente del Hermano Lobo, del Hermano Çordero y de la Hermana Alondra. Era como el corazón de Cristo rebosando sobre su amor por nosotros y derramándose en la naturaleza. Era un Sakiamuni menos triste y austero, más iluminado de esperanza. Parecía venido a predicar un Testamento Novísimo, ante el cual el nuevo pasase a viejo. Yo creo, y Dios me perdone, que a él también le acechaba la herejía! . . . Pero se detuvo, o no le comprendieron del todo, y la naturaleza siguió sin Noche Buena. Tú, Asno hermano, perdiste con ello tu redención, y acaso no perdimos menos los hombres.

Ah, si el dulce vago de Asís se hubiera atrevido! . . .

III

SUEÑO DE NOCHE BUENA

En Noche Buena era el soñar despierto, girando la mariposa interior en torno a la imagen de luz pura, que ya aparecía, infantil, en el regazo de la Madre; ya a las márgenes del lago o sobre el monte, con sus rubias guedejas de león manso; ya trágica y sublime, entre los brazos de la Cruz. Mi imaginación era invencionera; la fe le daba alas. Cuentos, leyendas, ficciones de color de rosa, nacían de aquel soñar. Una recuerdo. No sabría reproducirla con su tono, con el metal de voz de la fantasía balbuciente. Será una idea de niño dicha con acento de hombre; será un verso de poeta que ha pasado por manos de traductor.

Era en la soledad de los campos, una noche de invierno. Nevaba. Sobre lo alto de una loma, toda blanca y desnuda, se aparecía una forma, blanca también, como de caminante cubierto de nieve. En derredor de esta forma flotaba una claridad que venía, no de la luz de una linterna, sino del nimbo de una frente. El caminante era Jesús.

Allá donde se eriza el suelo de ásperas rocas, un bulto negro se agita. Jesús marcha hacia él; él viene, como receloso a su encuen-

tro. A medida que el resplandor divino lo ilumina, se define la figura de un lobo, en cuyo cuerpo escuálido y en cuyos ojos de siniestro brillo está impresa el ansia del hambre. Avanzan; párase el lobo al borde de una roca, ya a pocos palmos del Señor, que también se detiene y le mira. La actitud dulce, indefensa, reanima el espíritu del lobo. Tiende éste el descarnado hocico y aviva el fuego de sus ojos famélicos; ya arranca el cuerpo de sobre la roca . . . ya se abalanza a la presa . . . ya es suya . . . cuando EL, con una sonrisa que filtra a través de su inefable suavidad la palabra:

— Soy yo, — le dice.

Y el lobo, que lo oye en el rapidísimo espacio de atravesar el aire para caer sobre él, en el mismo rapidísimo espacio muda maravillosamente de apariencia: se transfigura, se deshace, se precipita en lluvia de blancas y fragantes flores. A los pies de Jesús, entre la nieve, las flores forman como una nube mística, sobre la que el divino cuerpo flotara. Y todo mi afán de poeta consistía en que se entendiese que no fué voluntad del sagrado caminante, ni intervención de lo alto, lo que movió la transformación milagrosa, sino que fué virtud del propio sentir del lobo, espantado, loco, al reconocer a aquel a quien iba a destrozar con sus dientes: virtud en

que arrepentimiento, dolor, vergüenza, ternura, adoración, se aunaron como en un fuego de rayo, y derritieron las entrañas feroces, y las refundieron en aquella forma dulcísima, todo ello mientras declinaba la curva del salto que tuvo por arranque la intención de hacer daño. . . . Agregaba mi cuento que el Señor, mirando a las flores que a sus plantas había, hizo sonar los dedos como quien llama a un animal doméstico. Entonces, de bajo el manto de flores se levantó cual si despertara, un perro grande, fuerte y de mirada noble y dulce, de la casta de aquellos que en las sendas del Monte San Bernardo van en socorro del viajero perdido.

Algunas veces asocio al recuerdo de mi ficción candorosa la idea de esas súbitas conversiones de la voluntad, que, por la devoradora virtud de una emoción instantánea, consumen y disipan para siempre la endurecida broza de la naturaleza o la costumbre: Pablo de Tharsos herido por el fuego del cielo, Raimundo Lulio develando el ulcerado pecho de su Blanca, o el Duque de Gandía frente a la inanimada belleza de la Emperatriz Isabel.

Abramos el corazón a este vaticinio, que viene de poeta. Acaso la defensa de una grande originalidad latente, que aguarda su hora propicia, imprima hondo sentido a esa resistencia, aparentemente paradójica, contra el

européismo invasor, predicada hoy por el alto y fuerte Unamuno.—*Soñemos, alma, soñemos* un porvenir en que a la plenitud de la grandeza de América corresponda un milagroso *avatar* de la grandeza española, y en que el alto genio de la raza se despliegue así, en simultáneas magnificencias, a este y a aquel lado del mar, como dos enredaderas, florecidas de una misma especie de flor, en que entonasen su triunfal acorde de púrpuras del uno al otro de los balcones fronteros.

JOSE ENRIQUE RODÓ

(*El Marconigrama*. Londres.)

El cuerpo social es una agregación de existencias particulares que tendrá tanto más vida, libertad y movimiento, cuanto más robusta y espontánea sea la de las unidades de que se compone; el carácter nacional reflejará siempre el carácter individual de los ciudadanos; un pueblo de esclavos mostrará la indolencia y degradación de éstos; solo un pueblo de hombres libres podrá exhibir el poder, la audacia y la espontaneidad de la Gran Bretaña. El objeto principal de las organizaciones políticas, es dar seguridad, es decir, libertad al desarrollo individual del hombre.

SALVADOR CAMACHO ROLDAN

La llama

*Aguza su llama la vela
como la hoja de un puñal.
Inmóvil como ella, mi alma
piensa en el término fatal.*

*Sin tu amor que a la vida me amarra
fuera hasta dulce de pensar
¿La muerte? Olvidarse de todo,
y descansar, y descansar.*

*Mas tu amor, que hace un bien de la vida,
de la muerte hace un mal, un mal
tan horrible, que ante él tiembla el alma
como llama que al viento está.*

*Seguirán tus ojos amados
bebiendo sombra y claridad.
Buscarán otros ojos los tuyos . . .
¡Los míos no te verán más!*

*Tus labios, tus labios querido3
como ahora sonreirán,*

y otros labios acaso los besen. . . .
¡Los míos nunca, nunca más!

Tus brazos en viva guirnalda
de amor se entrelazarán,
y quizás a otro cuerpo se ciñan. . . .
¡Los míos, a tí, nunca más!

Este amor que a la vida me amarra
con mi vida también se irá.
Otros hombres podrán amarte. . . .
¡Y yo nunca, nunca más!

MANUEL MAGALLANES MOURE

(*Los Diez*, Santiago de Chile.)

¡Miserere!

La juventud, amor, lo que se quiere,
ha de irse con nosotros ¡Miserere!

La belleza del mundo y lo que fuere,
morirá en el futuro ¡Miserere!

La tierra misma lentamente muere
con los astros lejanos ¡Miserere!

Y hasta quizás la muerte que nos hiera
también tendrá su muerte ¡Miserere!

DANIEL VASQUEZ

La educación al aire libre

CUALESQUIERA que sean los diversos efectos producidos por la guerra, es indudable que bajo su influencia habrá grandes cambios en nuestras ideas y práctica de la educación. En un respecto, la obra que se realice en las escuelas, tanto primarias como secundarias, estará más estrecha y directamente vinculada con la vida diaria y los negocios. Todo deberá ser hecho con un propósito definido y práctico, y uno de los principales propósitos será el desarrollo de la inteligencia, de la iniciativa personal y del patrimonio de los alumnos.

Dejaremos, por ejemplo, de considerar la Aritmética como algo que sirve para hacer las llamadas "sumas"; no, los niños aprenderán éstas simplemente en razón de que las necesitarán durante la vida. Hay ahora demasiado desligamiento entre la escuela y la vida real y de los negocios. En el futuro deberá tener un propósito, un designio, cara un fin determinado.

Se gastará también menos dinero en edificios escolares, y se evitará otras maneras de hacer las cosas, muy dispendiosas e insuficientemente eficaces.

Es necesario decir que mucho se hará igualmente en el sentido de mejorar la salud y la condición física de los niños, especialmente para alejar de la escuela misma y de los métodos de instrucción, todo lo que atente a la salud del niño. La tiranía del salón de clase y del banco tendrán que desaparecer, así como la muchedumbre de alumnos en aulas mal ventiladas, donde, durante horas, se instalan en asientos incómodos.

Ahora bien: todos estos propósitos—hacer que la obra escolar surja de las necesidades de la vida, reducir los gastos, dar realidad a la instrucción, mejorar las condiciones sanitarias,—pueden ser servidos, en una proporción considerable, por el simple recurso de efectuar la mayor parte de la tarea al aire libre.

No pensamos ahora en las escuelas fundadas para niños físicamente defectuosas, en las cuales la mayor parte del tiempo se pasa al aire libre. Hay quizás algún peligro en creer que las escuelas al aire libre deban relacionarse siempre con los niños alimentados suficientemente, (*the un-*

derfes) o los débiles y de escaso desarrollo físico, y que se les recomiende principalmente por motivos higiénicos. Insistiremos pues, en decir que la enseñanza al aire libre es de desear, en gran extensión, para todos los niños, para todas las escuelas y por razones de educación más que higiénicas.

* * *

Hay, sin duda, dificultades en la realización de ese propósito; pero no son insuperables. La mayor de ellas es la de llevar al conocimiento de la generalidad de los maestros, qué clase de tareas escolares deben ser hechas al aire libre y cuáles métodos deben ser empleados.

Existe, entre los maestros, algún prejuicio contra las clases al aire libre. Pero desaparecerá tan pronto como se comprenda cuanto puede hacerse *solamente* al aire libre y lo que se puede hacer mejor fuera del aula que dentro de ella. Este convencimiento vendrá, por supuesto, como resultado de la experiencia.

Pero si uno ensaya, se sorprende pronto de las ventajas logradas al adoptar métodos y realizar tareas que no serían posibles dentro del aula. Tomemos, por ejemplo, un simple tema de Aritmética. ¿Cómo puede un maestro enseñar dentro de un salón de clase las nociones de estadio, mi-

lla, vara y acre? Se puede enseñar los *nombres*; se puede lograr que los niños realicen *sumas* basándose en esas nomenclaturas de medidas; pero no conocerán las cosas, y, por consiguiente, las sumas pueden no tener ninguna relación con los campos reales, los jardines, los terrenos.

Afuera, al aire libre, uno puede mostrar esas cosas, una clase verá, por ejemplo, *que 40 poles cuadradas equivalen a un cuarto de acre cuadrado. Generalmente se enseña a los niños a hallar áreas, sentados en sus bancos, en el salón de clase. Más fácilmente se haría ésto en el jardín de la escuela, en un campo o en un parque, y una vez hecho habría significado algo.*

Sería fácil demostrar que se puede enseñar en esta forma gran parte de la Aritmética, de la Geometría y de las Ciencias Naturales, utilizando los patios y los jardines de la escuela como escenario de la enseñanza, así como para proveer el material necesario.

Los Departamentos de Instrucción Pública de Queslandia y de Colonia del Cabo han llamado la atención de sus maestros acerca de nuestras sugerencias, sobre esas materias particulares del programa. Pero las nombradas son sólo el comienzo de una lista de las materias que pueden ser enseñadas con mayor pro-

vecho al aire libre. La experiencia actual permite establecer la regla: "No enseñar en el aula algo que pueda ser enseñado al aire libre."

* * *

Me permito ofrecer ahora algunas sugerencias prácticas. El maestro mismo podrá formularse los detalles de procedimiento para su realización.

Consideremos, primeramente, la enseñanza de la presión atmosférica y sus aplicaciones. Se enseña primero que la presión del aire soportará una columna de líquido; generalmente se emplea el agua y se dice al mundo que la columna puede tener 34 pies de largo; pero el maestro emplea, en cambio, un tubo de vidrio corto. Al aire libre es permitido realizar el experimento empleando uno de quince a veinte pies.

Entre las aplicaciones de la presión del aire una de las primeras en ser enseñadas es la del sifón; es un tubo encorvado que tiene una parte más corta que la otra, el cual es usado para transportar líquidos de un nivel a otro más bajo, pasando sobre un obstáculo. Por lo general se verifica este experimento en las escuelas con estrechos tubos de vidrio, de pocas pulgadas de largo y pequeños platos de agua. El resultado es el de parecer a los alumnos una especie de suerte de magia; por cierto que no creen que el experi-

mento tenga relación o utilidad para el trabajo. Sin embargo el sifón es a menudo un recurso inestimable, por ejemplo para el pequeño propietario que necesite llevar agua de un lado a otro de una pared, o sobre una orilla un poco elevada. Si este caso se presentara a los alumnos, ellos tendrán que encarar un problema real, un problema práctico. Y algunas gentes no podrían convencerse de que los niños ocupados en esa tarea a ambos lados de una pared, o encaramados sobre ella, están aprendiendo algo útil. Para aprender deben de estar sentados, dicen.

Pero el hecho es que en este caso los niños están afrontando problemas reales; no están *recibiendo una lección*; sino que, dirigidos por un maestro, descubren qué es lo que deben hacer y cómo deben hacerlo. Y ellos *hacen*. Además trabajan en grupo, cooperativamente; resuelven una dificultad; y se hallan en un ambiente sano de aire puro, con el sol en la frente y él rozándose las mejillas.

Veamos ahora el uso del nivel de agua. Los alumnos pueden ser llevados a un terreno o a un patio donde haya un declive. Se propone la cuestión de qué declive tiene el terreno, cuánta y en qué dirección. El problema del declive es propuesto relacionándolo con algo práctico, por

ejemplo, los altibajos de una línea de ferrocarril, la falda de una colina en un camino, el costo de nivelar el suelo para la edificación, etc.

Se necesita, luego, hallar el declive. Al aire libre, los niños pueden trabajar por sí mismos y hallarlo después de aprender el principio del nivel y los métodos de establecer un declive. En la escuela tratarían de realizar esta tarea con una mesa inclinada, o, mejor dicho, lo haría el maestro, y los niños se limitarían a admirarle.

Otro estudio relacionado es el de las fuentes y la manera cómo funcionan, del que se pasa a las ideas sobre el método de gravitación para la provisión de agua a las poblaciones. Para la "lección" hay que colocar un depósito de agua en lo alto de una pared o un edificio. Docenas de veces hemos visto a maestros realizando este experimento en el aula; y era evidente que el mayor cuidado del maestro consistía en que no se mojara el piso, mientras los niños, sentados juiciosamente en sus bancos no tenían más deseos que los de acercarse y hacer algo con el agua.

Del mismo modo, vimos a un señor hablar a un grupo de niños sobre cañerías de aibafial, su uso y manera de limpiarlas. Disponía de una "mesa de demostración" y de muchos tubos de vidrio encorvados, (de media pulgada de diáme-

tro) y bonitos caños llenos de agua coloreada. La lección constituía un "entretenimiento" para las niñas. Detrás de él, en la misma habitación casi, había un albañal, con todas sus cañerías y dispositivos y listo para ser examinado: no fué mencionado.

La maestra de la misma clase repitió después la lección; pero empleó para las demostraciones las cañerías que prestaban servicios en la escuela; mostró cómo funcionaban las llaves y cómo se unían y se separaban las diversas partes. Sin duda, todo ésto debió hacerse fuera del aula y hubo bastante parloteo entre los asistentes. Pero la tarea se realizó y las niñas aprendieron realmente lo que se quería que aprendiesen.

He aquí un contraste entre los métodos de enseñanza pretensiosos e ineficaces y la manera sana y práctica.

Véase otra de nuestras fotografías, (*no se reproduce*). Aparecen varios niños ocupados, —durante horas de clase,— en elevar un globo: están aprendiendo algo científico. Primero, ellos mismos hicieron el globo—y en verdad que fué un interesante motivo de trabajo manual. Sin duda lo hicieron con agrado, pues el trabajo *tenía un fin*.

Para utilizar el globo tuvieron que aprender nociones acerca de la expansión de los gases con

el calor; la disminución de la densidad que ocasionó esa expansión; la razón del ascenso del globo; el significado del término "fluctuación;" el poder de elevar pesos que el globo posee, etc. **Cualquier** maestro comprenderá que gran parte de aquellos conocimientos que son áridos y desagradables para los alumnos, serían de esta manera más fácilmente adquiridos.

El caso es que los principios científicos fluyen naturalmente de la tarea que se está realizando. La clase estudia; no recibe o absorbe conocimientos simplemente: aprende porque necesita aprender. Los alumnos se ven entregados a su responsabilidad e iniciativas propias. Su deseo natural de resolver cuestiones y superar dificultades, es estimulado y satisfecho.

En otra ocasión, como parte del programa de Geografía o de Ciencias Naturales, los alumnos deben estudiar el sol y su curso diario por el firmamento; los cambios en este curso a través del año; el efecto de la mayor o menor inclinación de sus rayos, etc. Todo esto se expone laboriosamente en el aula, por medio de diagramas en el pizarrón. Parecería que se hubiese buscado el modo de hacer difícil y poco atrayente un estudio que naturalmente es agradable y fácil.

Es casi innecesario indicar cómo esta misma

enseñanza puede darse al aire libre. En el patio hay un palo clavado en el suelo, cuya sombra ha sido marcada, durante el día, a intervalos de una hora. Los niños han observado el movimiento de la sombra, la han visto alargarse y acortarse, y luego uniendo las extremidades de esas líneas de sombras, han obtenido una curva que indica, aun para el alumno menos perspicaz, el movimiento del sol en el firmamento. Se obtiene luego una serie de curvas semejantes, tomándola cada una, el día 22 de cada mes. Examinando esas series, los alumnos pueden ver, sin que se les diga, que el sol está desde el lugar en que se hizo la observación, más alejado en junio que en diciembre.

Consideremos también el estudio de la dirección y su representación, en otros términos, de los mapas y trazado de mapas. Primitivamente, los hombres hicieron mapas porque *necesitaban* mapas, e inventaron sus métodos bajo los dictados de la necesidad. Muy bien: que nuestros alumnos se coloquen en la misma situación.

Algunos de ellos hicieron el mapa del terreno de la escuela. Comenzaron por situarse delante de una larga pared y se les dijo que dibujaran una línea que representaría la pared y a cualquiera que viera el papel le indicara qué largo tenía

la pared y en qué dirección se extendía. El invento de una escala para representar el de la longitud fué fácil; la otra parte resultó más difícil. Luego se produjo la cuestión de norte, sur, este y oeste. Los signos convencionales que representarían esos puntos en el papel tuvieron que ser aprendidos o inventados en razón de que se les necesitaba.

¿No es ésta una forma práctica? Pero no podía ser realizada dentro del salón de clase. Sin embargo, se le intenta comunmente; de aquí que tantas personas carezcan del sentido de la dirección.

Los mismos rasgos caracterizan los demás estudios; los niños encaran una materia de una manera natural. Los pequeños grupos de niñas y niños emplean un "cristal de quemar" consistente en un pequeño frasco lleno de agua. Por medio de él concentran el calor del sol en un pequeño foco proyectado sobre un pedazo de papel de estraza. Esto provoca el estudio de la refracción, de los rayos caloríferos y de los rayos luminosos, y conduce natural y simplemente al invento y uso del registrador de la luz solar.

Parece acaso absurdo comenzar el estudio de la luz por el uso de pequeños tubos, espejos y linternas en un cuarto oscuro. ¿Cómo se podría

enseñar acerca de la reflexión de la luz de un modo mejor que el de permitir a los niños que usen un periscopio? Uno puede ver en los textos escolares complicados dispositivos para demostrar la ley de reflexión, mientras que bastaría un par de espejos, empleados al aire libre, para enseñarla en un minuto. Si uno persiste en tratar de enseñar estas cosas dentro de una habitación, se verá obligado a tener un aire de irrealidad y de misterio.

Millares de niños—y maestros— están predispuestos a ver algo misterioso y “muy científico” en los hechos más simples, y a muchas clases jamás se les ocurre que la reflexión de la luz tenga algo que ver con la vida diaria, sino que es algo representado por vocablos difíciles, como “ángulo de incidencia” o cosa así. A veces cuando un camino corre directamente hacia otro, en ángulos rectos, se coloca un espejo grande en un poste, de tal modo que un ciclista que venga por uno de los caminos pueda ver al otro reflejado en el espejo. Ahora bien: ese es el lugar apropiado para comenzar la enseñanza sobre la reflexión, si el maestro no teme sacar su clase al aire libre, ni le importa que los transeuntes se detengan para oír lo que está diciendo sobre algo que realmente es muy ordinario y útil.

Me permito sugerir también que las lecciones sobre el sonido deberían realizarse, por lo menos en su primera parte, al aire libre. Los maestros discurren sobre el "eco" en una pequeña habitación; ¿por qué no trasladarse a un sitio donde se pueda oír un eco de verdad, en el campo, en un parque, en el patio, por ejemplo? Allí surgen naturalmente las cuestiones sobre lo que es el sonido, la velocidad con que se propaga, etc. Pero los maestros demuestran generalmente el movimiento de la onda empleando un plato lleno de agua sobre la cual dejan caer pequeños cuerpos, arvejas o bolitas; o, lo que no es mejor, refieren meramente lo que se produce cuando se deja caer una piedra en un charco. ¿Por qué no van a orillas de un charco o una laguna y arrojan piedras en ella?

En algunas escuelas se cuelga una cuerda del cielo-raso a objeto de ilustrar el movimiento de la onda y la propagación del sonido. Por cierto que este experimento es menos eficaz y menos atrayente que si se efectuara al aire libre. Un buen curso de lecciones sobre el sonido puede ser realizado fuera del salón de clase, e, incidentalmente, se intentaría algo en el sentido de cultivar el arte de oír. Sitúese a los niños en un amplio terreno, con los ojos cerrados, y dígase-

les que manifiesten el número y variedad de los sonidos que oigan. Somos malos oyentes, no tenemos tan aguzada la facultad de ver como los boers o los pieles rojas; pero el oído y la vista pueden ser cultivados.

Creo innecesario alegar las ventajas que se obtendrían llevando a cabo al aire libre gran parte de la enseñanza del dibujo. Hay ahora un gran número de jardines escolares en todo el país y seguramente cada uno de ellos puede proporcionar oportunidades para el desarrollo de esta materia de estudio. El dibujo debe ser un buen auxiliar para el estudio de las ciencias naturales.

¿Se podría proporcionar un ejemplo mejor de perspectiva que una gran espiral dibujada sobre el asfalto del patio? Se dice a los alumnos que dibujen "lo que ven;" pero se presenta la dificultad de saber qué es lo que uno ve. La ilusión óptica es uno de los fenómenos más comunes. Un ejercicio como este de la espiral revela al joven artista. En el ambiente fuera del aula se encuentran en gran escala todos los principios de la perspectiva y pueden allí ser enseñados. No hay duda que las ventajas educativas de este curso igualarían, por lo menos, a las higiénicas.

He mencionado el jardín escolar. Por suerte, no es posible enseñar horticultura en el salón

de clase. Los jardines escolares son reconocidos, cada vez más, como lugares apropiados para el estudio de las ciencias naturales; no son empleados exclusivamente para la práctica de la jardinería.

El Times "Educational Supplement" sugirió últimamente que una gran parte del estudio de la química debe ser enseñada en relación con el jardín. Cuando la cal yace en montones sobre el terreno de cultivo, cuando se emplea el sulfato de amonio, cuando se aplica el nitrato en el jardín, hay ocasiones para enseñar la química elemental de esas sustancias.

"Que el alumno vea—dice Comenio— que lo que aprende no es algo del país de ninguna parte, o cosas relacionadas con las ideas platónicas, sino algo que nos rodea verdaderamente, un verdadero conocimiento que otorgará ventajas reales en nuestra vida."

Finalmente, sería muy atrayente que se cantaran nuestras antiguas canciones al aire libre. Los alumnos pasan cada semana horas enteras sentados en sus bancos, en habitaciones donde hay exceso de personas aun en los días más cálidos del verano, entonando las bonitas canciones que han aprendido. Rogaría a los maestros, especialmente de las escuelas rurales y sub-ur-

banas, que experimenten el efecto de llevar a cabo las clases de canto fuera del aula. Muy a menudo sería una ventaja reunir a los alumnos al principio y al fin del día escolar para que canten sus himnos bajo el cielo azul al aire libre, en lugar de hacerlo en un salón donde respiran aire más o menos viciado. La experiencia demuestra que procediendo así se acrecentaría la alegría de la vida escolar y la eficacia de la tarea.

Evidentemente, si esta propaganda a favor de la enseñanza al aire libre se hiciera práctica, gastaríamos menos en edificación para escuelas; necesitaríamos sólo mejores y más amplios patios de recreo y jardines anexos a las escuelas. Será necesario también proveer medios a fin de que los niños que más necesitan de las ventajas de la enseñanza al aire libre puedan también trasladarse fácilmente a los lugares en que esas ventajas se encuentran. Pero esto no sería difícil si nos decidimos a hacer lo posible para que nuestra educación siga por el camino de las cosas prácticas y reales; si nos decidimos a dar a cada niño una oportunidad para que goce abundantemente del sol y del viento, de la planta que crece y del arroyo que corre, y si somos bastante sensatos para dejar que se manifieste

naturalmente ese amor del movimiento y esa curiosidad que son tan características de todos los seres jóvenes, y de tanto valor para el maestro hábil y convencido.

J. EATON FEASEY

(De la revista inglesa "The World's Work".)

El estado es y debe permanecer completamente neutral en materias religiosas. La lucha de transformación y depuración del sentimiento y de la idea religiosa no es ni debe ser entre la Universidad y la Iglesia; ella está establecida en el mundo entero, sin que ningún poder humano pueda detenerla ni atenuarla, entre la Iglesia y la Filosofía; y a la ley, al Estado, no le es dado decretar la sustitución de ningún credo religioso por ordenanza. Estas sustituciones se encuentran un día hechas en la conciencia, sin que nadie se aperciba de ellas. Decretando, pues, como está establecido, que las puertas de la escuela estén abiertas para que los ministros de la Iglesia puedan entrar diariamente a dar la enseñanza religiosa a los niños, aceptuando aquellos a quienes sus padres prohiban expresamente que se dé esta enseñanza, ¿qué puede objetarse contra la escuela moderna?

ANIBAL GALINDO

Una clínica literaria

EN una revista americana, *Atlantic Monthly*, leo un curioso artículo de Samuel Mc. Chord Crothers. Mi escaso conocimiento de la literatura norteamericana contemporánea no me permite afirmar si el autor es famoso ni si su producción es abundante. El artículo revela que es un buen humorista. Trata de una imaginaria clínica literaria. Esto de clínica literaria, como verá el lector más adelante, aunque yo quiero advertírselo por anticipado, no significa en este caso que se trata de una clínica para literatos que adolezcan de alguna enfermedad de la ideación o de la retórica. Sin duda sería útil que pudieran curarse por algún tratamiento especial la vacua verborrea de tal escritor, la anemia de las ideas de tal otro, la caquexia del pensamiento y el estilo de aquel, la fiebre de intolerancia de éste; pero lo cierto es que a las enfermedades literarias no se las da suficiente importancia para que ningún médico, deseoso de crearse una especialidad nueva, haya querido ensayarse en ésta. Media la circunstancia de que los pacientes generalmente ignoran su enfermedad y se ponen furiosos cuando alguno se las descubre, de suerte que costaría infinito trabajo reducirles a ponerse en cura.

La clínica literaria de que habla, en broma por supuesto, Mc. Chord Crothers, es una clínica donde la literatura sirve de medicamento, donde se practica la biblioterapia. El lector discreto advertirá que no se trata de un nuevo procedimiento médico, sino de una eutrapelia, que diría *Azorín*, de una broma o donaire, debajo de cuya invención se deslizan algunas verdades satíricas, un hilo de sátira social.

El escritor norteamericano cuenta que fué a visitar a su amigo el pastor Bagter, a quien no veía hacía mucho tiempo, y se sorprendió al ver sobre la puerta un cartel que decía: "Instituto bibliográfico. Curas bibliográficas a cargo de eminentes especialistas, de 2 a 4. Consultas a domicilio. Tratamiento especial para hombres de negocios, fatigados. Las madres que sigan un curso de lectura terapéutica podrán dejar a sus niños en la *nursery* aneja al Instituto." Inquirió el visitante la razón de tan raro anuncio, y el reverendo le dijo: "Sabrá usted que en nuestra última asamblea parroquial se habló mucho de los buenos resultados de la psicoterapia. Me agradó la idea; pero no me pareció bastante práctica por estar basada en el sistema de influir sobre los enfermos mediante ondas de pensamiento. ¿Y si éste llegase a faltar? ¿Y si el médico anduviese escaso de ideas saludables, estimulantes, tónicas o calmantes, según los casos? Para no correr semejante riesgo, resolví adoptar, en vez de la psicoterapia, nebulosa y aleatoria, la biblioterapia, que ofrece garantías más serias,

puesto que la literatura le ofrece un inagotable caudal de pensamientos medicamentosos preparados con todo esmero y fácilmente asimilables.

Nada me importa que un libro trate de historia o de cocina, de matemáticas o de bellas artes; que esté escrito en inglés o en alemán. Lo esencial es descubrir su valor terapéutico. Un libro puede ser irritante o soporífico; puede ser un sínapismo o una poción calmante; mas por fuerza ha de producir algún efecto. La habilidad del clínico está en aplicarle debidamente. A diferencia de las drogas farmacéuticas, los libros se pueden usar sin el menor peligro. No hay cosa más inócua que el libro. En cuanto nos desagrade podemos dejarle en el estante, sin el riesgo de que eche a correr detrás de nosotros diciendo: "¡Escúcheme usted una palabra!" Desde el punto de vista clínico, el libro es una recta que puede ser simple o compuesta de varios elementos. Las ideas pueden unirse en una perfecta combinación química o ser insolubles unas en otras formando una especie de emulsión, como sucede en los Ensayos de Emerson. Sus proposiciones son como grumos de sabiduría que no se amalgaman. Agítense antes de usarse. Maeterlinck contiene elementos volátiles que fácilmente escapan a la apreciación del lector superficial....

Decía que algunos libros obran como estimulantes. Más que presentar ideas nuevas, lo que hacen es excitar nuestro pensamiento y despertar facultades que por inercia estaban casi para-

lizadas. Pero estos libros son un acontecimiento espiritual que no sucede todos los días, apenas conoce uno cada generación. Así, Carlyle estimuló a su generación al trabajo, y Ruskin a la suya a las obras sociales y al amor al arte. Mientras Tolstoy estimuló la voluntad hacia el sacrificio, Nietzsche la estimula hacia el poder y la fuerza. Rousseau suministró a los hombres de su tiempo el estimulante que les condujo a la Revolución.

Los estimulantes literarios se deterioran rápidamente. Hay que servirlos frescos. Si destapamos ahora una botella de Rousseau, advertiremos que ha perdido casi toda su aroma. Las instituciones de Calvino, que produjeron un sorprendente efecto estimulante en su tiempo, han perdido en cuatrocientos años, que no son un día, toda su efervescencia y despiden un fuerte tufo de moho. Entre los estimulantes desempeñan un gran papel en la farmacopea literaria los revulsivos. Así como en la práctica médica los más comunes son los sinapismos, el aceite de Croton y las moscas da Milán, en la biblioterapia el más usado es Bernard Shaw....

Burla burlando, el escritor americano dice una gran verdad. ¡Cuántas veces un libro nos ha calmado, haciéndonos comprender la vanidad de nuestros afanes y nuestras penas, o enredándonos en la seducción del mundo fingido a que nos conducía!

ANDRENIO

(*Nuevo Mundo*. Madrid.)